



Renace el conocimiento indígena en América gracias a las mujeres

Luz María de la Torre
Foto: © Jesus Quintanar

“Las Mujeres Indígenas, somos como la paja de páramo que se arranca y vuelve a crecer... y de paja de páramo, sembraremos el mundo...”
Dolores Cacuango

La construcción de la identidad de nuestros pueblos indígenas que han vivido en el anonimato a causa del proceso devastador de individuos que creyéndose superiores dominaron y exterminaron nuestras comunidades, nuestros pueblos, nuestra cultura, nuestras lenguas y nuestra sabiduría en general, no pudo haber sido lograda sin la participación decidida de las mujeres, particularmente de las mujeres indígenas.

Ese proceso de sobrevivencia y de renacimiento desde las cenizas para erigirse como sujetos sociales dignos de derechos,

es un homenaje para nuestros ancestros, nuestras abuelas, nuestras madres; en general, para las mujeres del mundo, pero de modo particular para las mujeres indígenas que firme y valientemente han sabido preservar nuestra vida en una lucha permanente. En una lucha constante y cotidiana para dejarnos el mejor legado de una cultura y civilización milenarias que aún tienen mucho que revelarnos, ya que ese primer proceso mal llamado de conquista fue nada más un momento de saqueo y dominación. En realidad cuando nosotras/os unánimemente empecemos a reconstruir nuestro camino, iremos descubriendo

los elementos más preciados de nuestra cultura, sólo así cumpliremos con la sentencia de nuestras/os visionarias/os y sabias/os andinas/os, quienes refiriéndose a la presencia del Dios Wiraqucha, símbolo del retorno de ese sujeto anulado por la historia, el indígena, la mujer indígena, advirtieron: “Volveremos y seremos millones.”

Volveremos a renacer, a ser millones como también nos enseñan las profecías mesoamericanas de Quetzalcóatl, deidad de las mujeres, representada en una serpiente emplumada, consciente, sabia, humana, y que representa la sacralidad de lo femenino cuyo símbolo está también vinculado al sexto sol, al inicio de una era de luz. Muchos serían los relatos de diosas/es y pueblos que se refieren a este proceso de renacimiento del pueblo indígena y el papel protagónico de las mujeres, las “warmi” (mujer en kichwa) de este continente, que nos hemos ido colocando lentamente en espacios antes considerados hasta prohibidos, especialmente para las mujeres indígenas.

Rompiendo el anonimato

Ser mujer ha sido un concepto y una práctica que nos ha obligado a confinarnos a un espacio de olvido y de anonimato, es decir, a no ser tomadas en cuenta en la vida pública. Además, al asumir nuestra identidad, el ser “mujer indígena” nos ha traído tantas complicaciones de carácter histórico, cultural, educativo, y hasta afectivo, especialmente después de la mal llamada conquista. Y también en los subsiguientes procesos de colonización en los cuales nuestros derechos han sido conculcados de modo sistemático. Todos éstos, son hechos que nos han ido restando importancia y nos han lanzado a un terreno que ha sido poco valorado, a pesar de que hemos sido las constructoras y sustentadoras de la familia, el núcleo de la organización socio-organizativa indígena. Solamente hemos sido consideradas como elementos u objetos destinados únicamente a las labores domésticas, sin ninguna otra alternativa posible.

Estos conceptos occidentales son muy antiguos y se asentaron en nuestro continente con el proceso de saqueo. Desde esa perspectiva, la mujer era vista como menor de edad, un ser más débil que el hombre, menos desarrollada a nivel intelectual, lo cual nos ha ido segregando casi desde el momento que nacemos. A consecuencia de sistema jerárquico, cuando nacía una niña, la pareja, pero especialmente el hombre, era criticado fuertemente con epítetos e insultos que denigraban su virilidad al ser nombrado con términos como: “Eres un chancleta, mandarín”, en kichwa dicen, warmi mandashka, un hombre dominado por las mujeres. En cambio, cuando nace un varón, la familia se siente muy orgullosa y feliz. Y así se puede analizar una serie de situaciones que dan cuenta de la poca valoración que nos han dado como mujeres lo cual es el resultado directo de los procesos colonizadores, ya que en las culturas prehispánicas las mujeres eran elevadas a un nivel de diosas.

Por estas concepciones nos han lanzado a esos campos de la segregación, la exclusión, la desigualdad y el menosprecio, de ahí que las diferentes puertas por donde una mujer, especialmente indígena, podía entrar, más bien se iban cerrando. De igual manera, las posibilidades de acceso a la

educación, y poder constituirse en una profesional, de irrumpir en espacios públicos, se habían anulado por completo. Tanto se ha difundido este concepto que incluso hablar de un hombre como sujeto público suena como algo normal, importante y lleno de valores positivos y halagadores. Sin embargo, hablar de una mujer que se mueve en espacios públicos, aún hasta el día de hoy se la confunde y se la cataloga como una mujer despreciable, de poca moral, ya que se la asocia con una vida airosa.

Participando en espacios prohibidos

Subvertir esos espacios, transgredir el orden y ese modelo instituido para las mujeres: el campo doméstico, denigrado y vilipendiado, se ha constituido en nuestra arma de lucha desde donde hemos podido renacer con coraje y fuerza decidida para crear un mundo donde ser mujer ya no signifique humillación, vergüenza, subordinación o exclusión. Un mundo donde nuestros derechos no sólo como mujeres, sino de indígenas en general sean ejercidos de modo pleno. Así nos hemos resignificado para poner en evidencia esos tratos absurdos y desiguales que nos han dado a todos los indígenas, cuanto más para la mujer indígena, que nos han ido marcando negativamente durante toda nuestra vida.

De ahí que el convertirnos de *objetos* en *sujetos sociales*, ha sido un trabajo realizado solamente a través de constantes e incansables luchas indígenas en las cuales la mujer indígena ha re-ocupando los espacios divinizados y se ha ido cargando de dignidad para desde ahí ir creando nuevas actitudes en la sociedad. Esos logros al mismo tiempo han permitido a la mujer indígena un nuevo estatus con el cual nos hemos podido hacer escuchar nuevamente, e ir consiguiendo aunque lentamente espacios laborales, en la política, la economía, la educación, y hasta en el ámbito emocional. Hemos ido rompiendo esas convenciones patriarcales pero sin perder nuestra identidad ni cosmovisión indígena. Cada rasgo de dolor, exclusión, maltrato y hasta violencia se han ido convirtiendo en fuerza renovadora para permanecer vigilantes y mantenernos presentes en los diferentes y grandes momentos de la historia del movimiento indígena. Por ello, estamos presentes en cada uno de esos espacios antes prohibidos: las universidades nacionales e internacionales, la política y los organismos internacionales.

Y aunque somos aún minorías en esos espacios, no obstante esos logros son claros ejemplos de nuestra irrupción en nuevos puestos de liderazgos donde nos desempeñemos como mujeres con voces propias, claras, nuevas y renovadas, expresando nuestras demandas que trastocan aquellos imaginarios y estereotipos que nos mantenían recluidas en el campo doméstico. Por ello, hablar de coraje, de fuerza, tenacidad, persistencia, divinidad, es hablar de “mujeres indígenas” ó “runa warmi”. Es necesario continuar creando conciencia de que de aquí en adelante nunca más estará ausente la mujer indígena.

Los Ángeles, enero 15, 2011

A 5,518 años del calendario indígena